MAXIMILIANO MARIÑO
SUEÑOS DE
REBELDÍA

1

Os voy a hablar de mí, de Damián Morales, de un chico de barrio, pobre, bajito y feo que alcanzó su sueño de erigir una de las discotecas que marcaron una época en el ocio nocturno madrileño. Comenzaré por contaros cómo se originó mi espíritu emprendedor y enseguida comprenderéis que todo empezó como un acto de rebeldía contra el destino que la genética me había legado. Fue al asumir que nunca tendría la estatura de los niños de mi edad, cuando decidí crecer de otra forma; si la naturaleza me había impedido sobresalir en altura, yo lo haría en éxito. De este modo, mis pasos se fueron dirigiendo, por instinto, hacia el ejercicio del poder; primero como directivo comercial, después como empresario.

La época clave que marcó mi futuro transcurrió mientras cursaba la educación secundaria. Rodeado de juventud, hormonas desbocadas, estupidez y sueños de rebeldía, conocí a las personas que me acompañarían en mi travesía. El instituto en el que pasé aquella etapa se encontraba en Villaverde, mi hogar, mi patria, el distrito madrileño que fue municipio hasta su fagocitación por la capital. En las clases de química, tuvimos que formar equipos para realizar las prácticas de laboratorio. Me encargué de

formar el grupo de trabajo convenciendo a Laura y a Clara, las dos chicas que más me gustaban; a Abel, un grandullón apacible que bostezaba todo el día como si la vida fuera insoportable; y a Antonio, un atractivo chico que sobraba en el reparto. Allí, en torno a una mesa circular verde, entre probetas y tubos de ensayo, se sentaban dos de las personas que, años después, serían mis socios en la discoteca.

La amistad de aquel equipo transcendió el ámbito académico y alcanzó el personal. En las horas libres, quedábamos en un salón recreativo, situado a pocos metros del instituto, donde jugábamos al futbolín o a videojuegos. Si alargábamos la tarde, nos tumbábamos en el jardín de la Huerta del Obispo, que se extendía frente al salón, para beber cerveza y coquetear con discreción.

Allí mismo conocimos de forma inesperada a Dani, la siguiente persona en entrar en nuestro círculo. Me encontraba saludando a algún compañero en la puerta del salón cuando escuché bullicio en el interior; se había formado un pequeño tumulto. Vi a un chico expulsar a empellones a dos tipos del local. Las chicas se estaban interesando por Abel, por lo que comprendí que había sucedido algo con él.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —le pregunté a Dani.

—Nada. Me he limitado a sacar la basura —afirmó con una sonrisa socarrona—. Son de mi barrio. He visto que estaban vacilando al chaval mientras jugaba y los he invitado amablemente a marcharse —dijo mirando a Abel.

—Abel es mi amigo, así que estás invitado a tomar toda la cerveza que quieras —le dije.

Sospeché que había aprovechado un insignificante enfrentamiento para ganar nuevos amigos. Se quedó con nosotros el resto del día y nos contó su vida: tenía quince años, fumaba un paquete diario, se había acostado con más de veinte chicas, había dejado los estudios y trabajaba a pesar de no tener la edad legal.

—¿En qué trabajas? —le pregunté.

—Mi viejo lleva un camión con sacos de patatas y yo lo ayudo a descargarlo. ¿Y tu viejo en qué curra?

—¿Mi padre? En la siderúrgica, como todo Villaverde.

—Ah, *OK*, sois todos de por aquí. Yo soy de Carabanchel.

Dani vestía unos vaqueros raídos, una chaqueta roja varias tallas menos de lo que le correspondía, camiseta de un grupo musical y botas de tacón. Tenía un semblante afable y risueño y, a pesar de su jerigonza bravucona, con nosotros se mostraba atento. Solo parecía rozar con Antonio, a quien solía llamar «niño pijo», lo cual me reconfortaba.

En las siguientes ocasiones, Dani comenzó a amenizar las reuniones con un pequeño y estridente radiocasete monofónico, con el que disfruté por primera vez de Rosendo, Siniestro Total o Extremoduro. A mí, que venía de un hogar donde se escuchaba invariablemente flamenco o copla, dependiendo de si era padre o madre quien ejecutaba el martirio, sentir la fuerza del *rock* me removió por dentro. Aquellas voces parecían dirigirse directamente a mí, hacia chicos como yo, rebeldes, inconformistas, soñadores. En alguna ocasión, había escuchado algo de *rock* sin sentir ningún interés por él; fue descubrir su mensaje, en un entorno de libertad, rodeado de buenos amigos, cerveza y mis primeras relaciones, lo que me hizo cambiar mi forma de percibirlo.

Por aquella época yo acostumbraba a enfundarme en negro, algo de gris y poco o nada del resto de colores del espectro cromático; porque, con mi escasa estatura, los colores alegres me hacían sentir un bufón. Aquella pasión por el negro estaba en sintonía con el estilo de Dani, por lo que le extrañó que no escuchase *rock*.

—Tú eres roquero —sentenció sin mirarme.

—Yo no soy nada.

—Eres roquero, pero aún no lo sabes.

* * *

Cuando llevábamos unas semanas juntándonos, empezó a preocuparme que la incorporación de Dani trajera rivalidades dentro del grupo, porque éramos cuatro chicos y dos chicas, pero su intrepidez me trajo la solución al aparecer acompañado de su hermana y una amiga. Su hermana se llamaba Natalia, era tan alta como Antonio, tenía melena castaña, ojos acerados, un aspecto más refinado que su hermano y rostro sombrío. Por su parte, Maribel tenía media melena morena, sonrisa tímida y cara bonita, aunque salpicada por el acné.

Con el tiempo, se fueron formando parejas dentro del grupo; aunque había un flirteo generalizado, las afinidades electivas se fueron concretando. Laura me encantaba, pero la consideraba fuera de mi alcance: nunca se me había insinuado y además tenía varios pretendientes. Clara también me encantaba, también la consideraba fuera de mi alcance y también tenía sobrados pretendientes, pero su juego de sonrisas me hacía pensar que tenía más opciones con ella. Quien no perdía tiempo en preámbulos, era Dani. Un día, después de haber bebido cerveza en cantidad, se sentó detrás de Maribel, la abrazó y se dirigió a su cuello con una técnica que le dejaría huellas moradas. Ella se giró hacia él y se besaron con obscenidad, ajenos a las risas y los comentarios socarrones. Clara se ruborizó ostensiblemente al ver cómo Dani deslizaba la mano bajo la ropa de Maribel, le alzaba el sujetador y dejaba uno de sus pechos a la vista de todos. Yo aspiraba a ser el único gallo del corral y me sentía impulsado a competir también en aquel terreno. Y Clara estaba siempre cerca de mí, y me sonreía, y no se apartaba si le cogía la mano. Así fue como empecé a acercarme de forma progresiva a ella. Primero, la mano; luego, la cintura; luego, los primeros abrazos.

Desde que conocí a Laura, siempre me había parecido la chica más guapa, más atractiva y más inteligente. A sus dieciséis años, ya había encontrado la imagen con la que se sentía a gusto: melena rizada con mechones canela y rubios, chaquetas con hombreras, vaqueros y botas de tacón. Sin embargo, la mayoría de mis compañeros no la tenían en su lista de las más guapas, quizá por unas pequeñas cicatrices que le había dejado el acné en torno a la boca. Poco después de que yo empezase a insinuarme a Clara, Laura hizo lo mismo con Abel y acabaron saliendo juntos. Fue algo que no podía soportar, pero nunca hablé de ello.

Por su parte, Natalia parecía estar a gusto en el grupo, aunque no exhibía ninguna muestra de alegría; solía cubrirse la mirada con el flequillo, apenas intervenía en las conversaciones y solo sonreía en contadas ocasiones. Parecía que algo en su interior le impedía ser feliz. Aunque pensábamos que Antonio acabaría con Sandra, una chica rubia que lo acompañaba ocasionalmente y que mostraba una gran afinidad con él, fue acercándose cada vez más a Natalia.

Con el paso de los días, yo empecé a actuar como si Clara ya estuviera saliendo conmigo; poco a poco fui ganando terreno en la medida en que ella no me evitaba; la abrazaba desde atrás cuando estaba sentada, le tomaba la mano, le daba besos en la mejilla. Al contrario que Laura, Clara siempre se encontraba entre las tres o cuatro favoritas entre los compañeros del instituto. Llevaba la melena morena recogida en una larga coleta y vestía de forma parecida a Laura, con vaqueros y botas de tacón, aunque se decantaba por chaquetas de cuero en lugar de americanas. Con tacones era bastante más alta que yo, algo que me encantaba.

* * *

Un día quedamos en el jardín frente al salón recreativo a las siete de la tarde. Yo acostumbraba a llegar quince o veinte minutos tarde para efectuar la llegada triunfal. Por el camino, me recreaba caminando por las calles de mi Villaverde, con sus edificios humildes ocupados por familias trabajadoras, aromas a guisado, niños jugando al balón entre vehículos utilitarios, coladas tendidas al exterior y los omnipresentes toldos verdes. Todo ello me recordaba quién era, de dónde venía y qué estaba predestinado a ser. Cuando llegué, vi que faltaban Dani, Natalia y Maribel; pregunté por ellos, pero nadie sabía nada. Los esperamos mientras bebíamos cerveza de una botella que camuflábamos bajo la ropa o en el interior de una mochila para evitar multas. Un par de horas después, con el sol despidiéndose por el horizonte y los cerebros embotados por el alcohol, aparecieron Dani y Maribel, ella con el semblante triste y los ojos lacrimosos.

—¿Qué os ha pasado? Pensábamos que ya no veníais —pregunté.

—Hemos tenido follón con mis viejos. Dicen que gastamos mucho en tabaco y alcohol, que tenemos que poner más para la casa —dijo Dani.

—Venga, sentaos y tomad algo —sugerí.

Dani empinó la botella de cerveza, la vació de un trago y la lanzó tan lejos como pudo hasta ver cómo se hacía añicos contra el suelo.

—Entonces, ¿les dais dinero? —preguntó Laura incrédula.

—Claro, el setenta por ciento de todo lo que ganamos —contestó mientras se encendía un cigarro.

—Bueno —dijo Antonio—, cuando una familia no gana lo suficiente todos ayudan.

—Ya, pero eso es cuando tienen la edad de trabajar, Dani aún no tiene dieciséis años —corrigió Laura.

—¿Va a venir Natalia? —preguntó Antonio.

—No sé. Estaba hecha polvo; mi vieja le ha dado una hostia.

Nos quedamos en silencio. Para nosotros, la familia era un remanso de paz; no entendíamos cómo unos padres podían ser así de crueles.

Decidimos ir a buscarla.

Tomamos el metro hasta la estación de Carabanchel. Apenas asomamos en la superficie, tuve la sensación de encontrarme en una ciudad hermana de Villaverde: edificios de ladrillo visto, toldos verdes por doquier, vehículos utilitarios. Caminamos unas manzanas hacia la plaza de toros de Vista Alegre hasta que Dani nos indicó su domicilio.

Antonio pulsó el botón del portero automático, pasaron unos segundos sin que contestara nadie y volvió a llamar con mayor insistencia hasta que escuchamos la voz de una mujer:

—¡Quién es! —ladró.

—¿Puedo hablar con Natalia? Soy Antonio.

La mujer colgó. Cuando se disponía a llamar de nuevo, contestó Natalia.

—¿Sí?

—Soy yo, ¿vas a bajar? —dijo Antonio.

—No me encuentro bien.

—Seguro que te viene bien salir.

—Vale, pero voy a tardar un poco.

—Te esperamos —la tranquilizó.

Al rato, apareció con el rostro cabizbajo, casi cubierto por las cortinas del flequillo; aún eran visibles los ojos enrojecidos de llorar y la huella del bofetón en la mejilla.

Aquel día, entendimos por qué Natalia era tan introvertida: su hogar era una dictadura egoísta y violenta. Ella había acabado la educación obligatoria, trabajaba en un supermercado por las mañanas y en un restaurante los fines de semana.

* * *

Conforme avanzó el curso empezamos a frecuentar varias discotecas y *discopub*, aun sin contar con la edad legal. La primera vez que pisé una macrodiscoteca sentí que entraba en un mundo de fantasía, una burbuja espaciotemporal, un auténtico sueño. Había escuchado hablar de la sala Andrómeda, pero la experiencia tras cruzar el umbral desbordaba por completo cuanto había imaginado. Erigida en el polígono industrial de Alcorcón, seguía la estela de la Ruta del Bakalao en Valencia, a la vez que se alejaba de la periclitada movida madrileña. Tenía cuatro pistas de baile, dos cafeterías, un restaurante de comida rápida, minicine, terrazas, jardines con fuentes y cascadas. Las experiencias que viví en aquella fábrica de sueños influyeron decisivamente en mi destino como empresario del ocio nocturno.

Por aquellas fechas, empezaron a acontecer cambios en el grupo. La relación entre Dani y Maribel hizo aguas. Ella dejó de salir con nosotros, mientras él tardó apenas unas horas en aparecer de la mano de una chica muy joven, con la que tampoco estuvo mucho tiempo. Después tuvo decenas de relaciones esporádicas que entraban y salían en el grupo con la misma duración de un trayecto en autobús. Hasta que al fin conoció a Vanesa, con quien parecía encajar a la perfección: melena ondulada con planchas, teñida de rubio, exuberante, risueña, alocada, fogosa, bipolar. Por su parte, Laura y Abel dejaron de salir juntos, él también salió de nuestras vidas, y me aterraba que Laura encontrase otra pareja. La relación de Natalia y Antonio la dábamos por consolidada. Ella se refugiaba cada vez más en él, se iba abriendo con nosotros y poco a poco arreciaba la felicidad en su rostro. Por último, mi relación con Clara no terminaba de avanzar; nos veíamos una o dos veces por semana en el salón recreativo o en algún parque. Yo le confesaba que me gustaría levantar mi propio negocio y ella me

avanzaba sus planes estudiando en la universidad. Sin embargo, fue en aquella época cuando tuvimos nuestro primer encuentro sexual. Nos encontrábamos de noche en un jardín que lindaba con la autovía de Toledo, con cientos de vehículos circulando tras nosotros. Nos besamos, deslicé las manos bajo su ropa, nos desnudamos mutuamente y acabé entre sus piernas. Cuando terminamos, se vistió a toda prisa y salió corriendo sin esperarme. Me tenía desconcertado; cuando quedaba conmigo, se mostraba fogosa pero repentinamente interrumpía lo que estaba haciendo y se marchaba apresurada.

* * *

Días después, llegó el momento de conocer las notas que había obtenido en el Curso de Orientación Universitaria. El día amaneció tormentoso, como un mal presagio, con el cielo color grafito y chaparrones ocasionales.

Me levanté temprano, salí de casa sin desayunar, caminé bajo los balcones para guarecerme de la lluvia, entré al instituto, recogí el boletín en conserjería, lo ojeé y me cambió la cara al observar que tenía siete suspensos. Me dirigí al salón recreativo, comprobé que no había nadie y salí con la cabeza humeando del cabreo que se iba apoderando de mí. Fui a buscar a Antonio a su casa, llamé al telefonillo.

—Antonio, ¿te vienes a tomar una cerveza?

—Estoy descansando, he tenido partido de baloncesto —balbuceó.

Ansiaba hablar con Clara, pero sospechaba que no podría verme. Introduje una moneda en una cabina, marqué su número, su madre contestó lacónicamente que estaba con Laura en el instituto. Me extrañó no habérmelas cruzado al recoger mi boletín,

por lo que supuse que estarían en la cantina celebrando sus notazas habituales.

Regresé al instituto, corrí hacia la cantina y, en efecto, allí estaba Clara con Laura.

Pero no estaban solas.

Dos chicos las acompañaban.

Mi corazón empezó a bombear sangre como loco, las venas del cerebro se me hincharon y la piel se me tornó lívida. Sentí como si una bomba nuclear hubiera sublimado todo cuanto me rodeaba salvo la mesa en que se hallaban sentadas. Me saludó alguien y no me inmuté, dudé entre quedarme vigilando sin que me vieran o acercarme a ellas. Elegí la segunda opción, pedí un refresco y me dirigí a la mesa.

—¡Hola! Os estaba buscando.

Los cuatro mostraron cara de sorpresa.

—Hola, Dami —dijo Clara evidenciando incomodidad. Aquel día, ese diminutivo me sonó como una bocina en el tímpano.

—Estos son Marcos y Quique —nos presentó Laura.

Les di la mano mientras apretaba las mandíbulas.

—Quique está haciendo Derecho, está en segundo —me dijo Laura, orgullosa.

Asentí conteniendo la náusea. Quique flirteaba abiertamente con Laura y Marcos se sentaba junto a Clara. Me pregunté qué podía hacer en esa situación. Ellos eran dos, más fuertes, más guapos, más mayores, más cultos y encima las tenían de su parte. Mientras hablaban, yo permanecí absorto en mi pensamiento. Sus bocas se movían, pero sus palabras no estimulaban mi sentido del oído. Pensé en las opciones que tenía: darles una paliza por allanar mi propiedad, amenazarlos verbalmente, intentar humillarlos, ningunearlos, evidenciar mi relación con Clara... Al final, elegí la peor. Después de escuchar a Quique narrando sus planes de futuro como abogado, me dirigí a Marcos:

—Y tú, ¿también estás en Derecho?

—Pues... sí —contestó borrando la sonrisa.

—¿Y qué? ¿Te gusta eso?

—Si no, no lo estudiaría. Vaya preguntita. —Las chicas me miraban con perplejidad.

—¿A quién vas a defender cuando seas abogado? —continué—, ¿a rateros de poca monta o a delincuentes de guante blanco?

—Ah, ¿estás buscando abogado? Haber empezado por ahí; tal vez me interese defenderte —ironizó.

—Bueno, quizá no te hayan enseñado aún que en el cielo no hay ningún abogado, se ve que eso lo dan en tercero.

En ese instante, intervino Quique:

—Mira, chaval, no sé qué te pasa; si tienes algún problema, te largas de aquí.

—Déjalo —recriminó Marcos—, va a ser mi primer cliente.

Marcos se mostraba juguetón, pero Quique actuaba como un perro defendiendo su territorio. Eso de «chaval» me sentó como una patada en la entrepierna: iba a emplear la diferencia de edad para dejarme de inmaduro.

Clara me miró con decepción y comprendí que sobraba en aquel lugar. Sentí un odio visceral hacia aquellos dos tipos, pero aguanté un rato sentado en un incómodo silencio, hasta que decidí encenderme un cigarro, levantarme y alejarme de allí.

—Bueno, tengo que marcharme. ¿Te veo luego? —pregunté a Clara mientras le daba un beso en la mejilla.

—No, no voy a salir.

—Vale, mañana te llamo. Que os divirtáis.

Acopié la dignidad que me quedaba y me alejé. A Marcos no volví a verlo, mientras a su amigo Quique lo tendría que sufrir durante más tiempo del que habría deseado.

Después de aquella escena en la cantina, mi relación con Clara se deterioró aún más. Quedábamos apenas un día por semana;

hablábamos de nuestros proyectos; ocasionalmente, teníamos un revolcón rápido; y, después, argüía alguna excusa para despedirse apresurada. No recuerdo si fue aquel el motivo por el que decidí dejarme crecer el pelo; por lo pronto, me llegaba por debajo del lóbulo de la oreja, pero no tendría que esperar mucho para lucir una melena imponente.

Hablando con Laura, descubrí que el día que conocí a Quique, ella llevaba varios meses saliendo con él. Aquello me removió las entrañas; por suerte, me reconfortó saber que acabaron rompiendo. Durante varios meses, Laura no encontró a nadie que estuviera a su altura. He de confesar que mi atracción hacia ella había crecido de forma progresiva. Sin perder su elegante estilo, se había tornado más sofisticada; aunque seguía vistiendo vaqueros, botas de tacón y chaquetas con hombreras, cambió las sencillas blusas por camisetas ajustadas o escotadas.

2

A punto de comenzar el curso, mientras la mayoría de mis amigos se preparaban para su ingreso en la universidad, yo me debatía entre tomarme un año para recuperar las asignaturas de COU que arrastraba o iniciarme en el mundo laboral. Aunque solo me separaban siete asignaturas de mi objetivo, me suponía una enorme frustración ver cómo ingresaban todos en la universidad mientras yo permanecía en el instituto. Así fue como me lancé a trabajar los fines de semana sirviendo copas a la masa informe de borregos que frecuentaba un diminuto *discopub* en la zona de Moncloa. Allí «pinchaban» *dance*, el estilo que había penetrado en España por Valencia y estaba permeando hasta el último rincón.

Para mí, salir de mi barrio y alcanzar aquellas latitudes era poco menos que viajar al extranjero; mi hogar, mi colegio, mi instituto, la mayoría de tiendas y lugares de ocio que frecuentaba se encontraban en Villaverde. La Puerta del Sol, Cibeles o el Retiro eran lugares tan lejanos para mí como podían serlo para un vallisoletano, un conquense o un granadino. No pasaban desapercibidas para mí, las diferencias en prosperidad de unas zonas a otras: en el sur de Madrid, encontraba barrios industriales y proletarios; en el centro y el norte, otros desarrollados y suntuosos.

Con Clara en la universidad y yo trabajando, el alejamiento fue lento pero inexorable; apenas la veía cada tres o cuatro semanas, aunque ella actuaba como si nuestra relación siguiera adelante. Clara se matriculó junto a Laura en Empresariales; mientras, Antonio se decantó por Psicología.

* * *

Después de un tiempo, dejé el *discopub* y me decidí a trabajar en un polvoriento almacén de muebles. Con los ahorros acumulados, por fin pude independizarme; me trasladé a un diminuto apartamento cerca de mis padres. A pesar de mis anhelos de progreso, jamás me planteé dejar mi barrio: era mi hogar, mi vida, mi familia. Quería hacer fortuna fuera para regresar a él, para convertirme en su emperador. La vivienda disponía de un pequeño aseo, un dormitorio y una estancia principal que hacía las veces de recibidor, salón y cocina.

El precio de la libertad fue oneroso: mantener un trabajo, aguantar el humor del jefe, hacer cuentas para llegar a fin de mes, reparar lo que se estropeaba en casa. Continué explorando otras ofertas laborales que me compensaran con un salario más digno. En los puestos «de cara al público» me descartaban al instante, por mi escasa estatura y mi rostro velludo. Así, acabé en el único lugar en que no exigían ni experiencia ni presencia ni estudios: de reponedor en un centro comercial en Puente de Vallecas. Se trataba de un hipermercado del Grupo Fresno, el cual estaba en plena expansión por la Comunidad de Madrid y había emprendido el «salto» al resto de España. Aquella coyuntura jugó a mi favor porque tenían una gran necesidad de personal. En aquel puesto, comenzaba a trabajar a las seis; a cambio, disponía de toda la tarde libre. De alguna forma, todos los pasos que transitaba parecían encaminados en la misma

dirección: crecer en el único ámbito que la genética me había dejado abierto, que era el económico.

Para aumentar aún más mis ahorros, volví a servir copas en una pequeña discoteca del polígono de Alcorcón los sábados por la noche. Como consecuencia, aquel año fue horroroso en el ámbito personal: apenas salí con amigos tres o cuatro veces y mi relación con Clara se enfrió hasta extremos glaciales. Las tardes las dedicaba a reponerme de la extenuación y a hacer planes de futuro. Soñaba que oteaba una gran parcela con negocios de mi propiedad, cientos de trabajadores desplazando cargas como autómatas, respondiendo a mis veleidades, erigiendo mi imperio.

Pasaban los días y seguía sin saber nada de Clara.

La llamé varias veces por teléfono, pero siempre recurría a evasivas. En una ocasión, me dijo que había comenzado a trabajar los fines de semana en un local de copas, por lo que hice acopio del último hálito de energía que me quedaba y fui a verla al término de la jornada.

Fui a buscarla al *discopub* que me había indicado, en el barrio de Bilbao; cuando llegué, estaban a punto de cerrar y la encontré limpiando con sus compañeras.

—Clara, ¿puedes hablar?

—Acabo enseguida —percibí su incomodidad.

Esperé a que terminara y dimos un paseo.

—No veo normal nuestra relación —le confesé—. Las parejas que conozco se ven a diario. ¿Hemos roto?

—No. Lo que pasa es que estoy muy agobiada con los estudios y el trabajo.

Tras una breve y superflua conversación, le pregunté:

—¿Vienes a mi apartamento?

Lo meditó durante unos segundos.

—Vale, pero no puedo tardar mucho.

Otro día más, volvió a compensar su extrema frialdad con sexo rápido.

* * *

De aquel modo me mantuve durante cerca de un año: ahorrando, buscando encuentros furtivos con Clara y dejando crecer mi melena. Hasta que Vicente, mi superior en el centro comercial, apreció mis dotes de mando y me ascendió a encargado de los reponedores sustituyendo al existente, que se trasladaba a otro centro. Pusieron a mi cargo a quince jovenzuelos que sufrirían mi autoritarismo, producto de una mezcla de juventud, frustración sentimental e inexperiencia. Mi función consistía en hacerlos trabajar, y en aquello era realmente bueno. Dirigir a quince personas sin apenas haber cumplido los veinte años hizo que mi ego creciera como la espuma.

Por algún motivo, seguía obsesionado con mejorar mi relación con Clara. Quería acumular éxitos para que se sintiera orgullosa de mí. Así, puse todo mi celo en el trabajo, me esforcé en que mi cuadrilla no parara ni un segundo, sin contemplaciones, porque yo había realizado esa misma tarea. Aunque no era mi empresa, me comportaba como si lo fuera. Suponía que la mayoría de mis subordinados me vilipendiaba por la espalda, pero, ante mí, nadie osaba protestar. El que más problemas me dio fue un chico que acostumbraba a tumbarse en el almacén, cuando nadie lo observaba, para descansar las mañanas de resaca.

Después de numerosos enfrentamientos, acabó con mi paciencia un día que me llamó payaso; algo que, para mí, representaba un escarnio superlativo. Desde ese instante, me propuse expulsarlo de la empresa; lo cual me granjeó la hostilidad del jefe de recursos humanos y, a la vez, la simpatía de otros directivos del centro.

El jefe de recursos humanos me parecía una persona gris, un pusilánime sin ninguna iniciativa que prefería dejar las decisiones en manos de otros. Sin embargo, Juan Carlos, el gerente, sí tenía alma de líder; yo lo observaba desenvolverse entre proveedores, acreedores y jefes de sección con absoluta decisión y soltura. Fue él quien firmó el despido del chico problemático, sin pestañear; reconoció que se lo había planteado con anterioridad y que yo le había ayudado a tomar la decisión. Aquella victoria me supuso un importante impulso en mi prestigio.

Aprovechando ese ambiente, me aventuré a realizar cambios en la forma de trabajar, con la aquiescencia de Vicente, el jefe de compras. Dividí al personal de reposición en equipos con sus respectivos encargados y establecí un sistema de premios para el que aventajara a los demás. Me hacía sentir eufórico dirigirme a los trabajadores, hacer que giraran la cabeza, atraer su atención, responder a sus preguntas, distribuir tareas. Toda la frustración que arrastraba fuera del trabajo se veía compensada con el enorme placer que me inyectaba mi empleo.

* * *

Durante varios meses, disfruté de un poder omnímodo, conquistado a base de esfuerzo. Nadie discutía que yo era la persona ideal para ese puesto o incluso para otros de mayor responsabilidad. Pese a todo, me sorprendió un día cuando me llamó Vicente, el responsable de mi ascenso a encargado.

—Oye, Damián, ¿por qué no acabaste los estudios?

No sabía por qué derroteros iba a derivar la conversación.

—Bueno, tuve una mala época. Estaba volcado en mi relación...

—Está bien, da igual. ¿Ahora qué te impide acabar lo que te queda?

—¿Ahora, para qué?

—Si te doy un buen motivo, ¿me prometes que harás todo lo posible por sacarte el COU?

—Claro. La verdad es que nunca lo había descartado —contesté sin la menor idea de qué pretendía.

—El otro día estuve hablando con Juan Carlos de que necesitamos alguien de confianza como jefe de compras. La política de la empresa dice que para ese cargo hay que tener carrera universitaria; pero, con la selectividad aprobada y una matrícula en la universidad, podemos hacerte un contrato sin que pongan problemas desde Gerencia. ¿Cómo lo ves?

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Yo? ¿Jefe? ¿Con veintiún años?

—Me has dejado sin palabras. No sé qué decir —contesté boquiabierto.

—Pues dime que sí.

—Por supuesto. Sería un sueño.

—Estupendo. Ponte a estudiar cuanto antes.

—Claro. Una cosa... ¿Has dicho jefe de compras? Entonces, ¿tú te vas a ir?

—Aún no, me voy a ir en unos meses; como mucho, dentro de un año. Estoy esperando un hueco como jefe de personal en otro centro. Estoy haciéndome viejo.

—¡Qué va! Si estás hecho un chaval —ironicé descaradamente.

Ambos reímos. Pese a que Vicente contaba cuarenta y cinco años, aparentaba diez o quince más; tenía barba espesa, infinidad de surcos en el rostro y una incipiente calva.

—Pues nada, clava los codos y, en unos meses, hablamos.

Si la sintonía con Vicente había sido total desde que nos conocimos, aquel día nos convertimos en amigos. Como prometí, al acabar la jornada, me quedé en el hipermercado comprando mobiliario de oficina para equipar mi apartamento para el estudio.